

AL/F.3-22

UN DESENGAÑO A TIEMPO.

ENSAYO DRAMÁTICO EN UN ACTO,

original de

D. Rafael Camarit Ponce.

Representado por primera vez en el Teatro de Almería
el 4 de Noviembre de 1857.



ALMERIA 1861.

IMPRENTA DE D. MARIANO ALVAREZ ROBLES,
calle de las Tiendas núm. 19.

AL/F.3-22

UN DESENGAÑO A TIEMPO.

ENSAYO DRAMÁTICO EN UN ACTO,

original de

D. Rafael Tamariit Ponce.

Representado por primera vez en el Teatro de Almería
el 4 de Noviembre de 1857.



ALMERIA 1861.

IMPRESA DE D. MARIANO ALVAREZ ROBLES,
calle de las Tiendas núm. 19.

Sr. Don Mariano Alvarez y Robles,

Censor del Teatro de Almeria.

Muy Sr. mio y de mi mayor aprecio: mucha fuera mi dicha al poder dedicar á V. una obra digna del buen talento que le distingue; mas no estando al alcance de mi limitada capacidad llenar este vivo deseo de mi alma, reciba V. el presente ENSAYO DRAMATICO, como una prueba de la verdadera amistad que le profesa su apasionado amigo y servidor

Q. S. M. B.

Po. Camarit Ponce

Habiendo examinado este *Ensayo dramático*, no hallo inconveniente en que su representación sea autorizada. Madrid 3 de Marzo de 1860.

El Censor de teatros,

Antonio Ferrer del Rio.

Personajes.

ELISA.

MARIA.

ENRIQUE.

ADOLFO.

VICTOR.

La escena en Madrid, casa de Elisa, actriz. Año 1854.

ACTO ÚNICO.

Gabinete lujosamente adornado: puerta en el fondo, y dos laterales: un velador y sobre él algunos libros y periódicos.

ESCENA I.

VICTOR con un periódico en la mano.

Magnifico; estas líneas si que son el espejo de la verdad; así es precisamente como se encomia el mérito de los actores, sin conocerlos, mas que en la escena y tratándolos solo en las revistas de teatros. ¡Qué satisfecha debe estar mi señorita con estas alabanzas que todos los dias le vienen tributando los periódicos; mas ¡ay! es tan fugaz la gloria del actor, que apenas queda de ella un débil recuerdo: pasan lo mejor de su vida en esa interminable carrera conquistando aplausos y coronas, pero aplausos que no salen del teatro y coronas que se marchitan demasiado pronto; y sin embargo han dado prez y fama á los poetas; es verdad que los actores sin los poetas nada serian ¿y qué seria de estos sin los actores? ¿qué seria del pintor sin los colores que realizan sus pensamientos? nada: el pensamiento quedaria encerrado en la imaginacion y esas tradiciones del entendimiento estarian para siempre sepultadas como una inestimable joya en el seno del caudaloso océano; luego el poeta debe gran parte de su gloria al actor; luego el actor alcanza tanta

gloria como el poeta. Esto es lo cierto por mas que se desfiguren las cosas, y que quieran algunos hacer de lo blanco negro y de lo negro blanco.

ESCENA II.

VICTOR y ADOLFO, puerta foro.

- ADOLFO. Buenos dias, Victor.
- VICTOR. (*Dejando el periódico.*) Muy buenos Señor D. Adolfo. Cuándo ha sido la bien venida?
- ADOLFO. Esta madrugada en las diligencias del Norte.
- VICTOR. ¿Y que tal Paris?
- ADOLFO. Bien, Victor: se ha pasado el tiempo alegremente: la capital del vecino Imperio es una dama engalanada y presumida, que hace pagar bien caras las miradas de cuantos intentan contemplarla: su bosque de Bolonia, sus campos Eliseos y sus espaciosos Boulevares causan la admiracion del viajero: una expedicion á Paris es un paseo de suma necesidad para las gentes del buen tono de nuestras sociedades. — ¿Y su señorita?
- VICTOR. Hace un momento que vinieron á buscarla para el ensayo.
- ADOLFO. Tan temprano?
- VICTOR. Como mañana es su beneficio.
- ADOLFO. ¿Mañana?
- VICTOR. Si señor.
- ADOLFO. Y D. Enrique, sigue viniendo con frecuencia?
- VICTOR. Desde que se halla en relaciones con la señorita, no falta un solo dia.
- ADOLFO. ¿Y Elisa le corresponde?
- VICTOR. Parece que la tiene embaucada con sus melosas palabras, y cuidado si es calavera el tal D. Enrique.
- ADOLFO. Pues creo en vano todo ese amor que ella le profesa.

- VICTOR.** ¡Cómo!
- ADOLFO.** Elisa es una jóven honrada y tendrá por lo mismo nobles aspiraciones, que Enrique no puede satisfacer; hay entre los dos, escollos insuperables...
- VICTOR.** No entiendo á V. Sr. D. Adolfo.
- ADOLFO.** Es que segun he llegado á comprender, buen Victor, ese caballero no tiene demasiada vocacion al matrimonio.
- VICTOR.** Entonces...
- ADOLFO.** Esperemos al tiempo y él nos dirá lo que ahora no puedo revelar.
- VICTOR.** Esas tenemos... pues crea V. que yo me figuraba lo mismo allá en mis solas; y por su modo de proceder, hasta presumo no sean las mejores sus intenciones. ¡Oh! cuando recuerdo lo mucho que V. queria á mi Señorita, como ella tambien á V. y que ese que se llamaba tan amigo se aprovechó de la ausencia para atraerse sus miradas y su amor, recelé que no era oro todo lo que relucia.
- ADOLFO.** Y que quiere V.?
- VICTOR.** Quisiera Sr. D. Adolfo que se castigára la perversidad de los hombres; y que el que noble se llama y caballero no manchase así su honor con acciones tan feas.
- ADOLFO.** Veo que es V. un hombre de bien y que abraza un corazon escelente.
- VICTOR.** Soy Señor un pobre diablo, un miserable sirviente que se jacta de ser tan honrado como el primero; un mayordomo que sin embargo de serlo, bien pudiera dar una leccion á alguno de esos señorones de la Córte, que bajo vistosos oropeles encubren un corazon egoista y corrompido: vea V., vea V. al ilustre jóven D. Enrique blasonando de nobleza y mostrándose su mejor amigo, que prueba de afecto acaba de dispensarle. ¡Oh! juro á V. que ya no hay amigos y que nadie debe fiarse de los

- que se venden por tales , porque todo es una farsa ridícula, todo una mentira.
- ADOLFO. Es verdad , pero las mugeres son á veces la causa de que los hombres profanen sus mas sagradas afecciones.
- VICTOR. Comprendo , Señorito , mas D. Enrique comenzó por hacer de V. una apología poco favorable.
- ADOLFO. Elisa no debió darle crédito.
- VICTOR. Era el amigo mas íntimo de V.
- ADOLFO. Al menos debió impedirle...
- VICTOR. V. le presentó en la casa.
- ADOLFO. Elisa no me amó jamás.
- VICTOR. La Señorita le amaba á V. con un corazon de niña , con un alma inocente.
- ADOLFO. Si , tan inocente que no supo distinguir entre el hombre, que en cambio de una mirada suya hubiera dado su existencia y el que sin sentir un átomo de esa pasion tan pura , la fascinára con una de esas frases atrevidas que se preparan de antemano, pero que tal vez para ella valgan mas que la callada expansion de un corazon virgen.
- VICTOR. Tiene V. razon , pero si desde Paris no hubiera V. demostrado tanta indiferencia , ahora ocuparia el lugar que antes le estaba reservado.
- ADOLFO. Gracias , buen Victor ; yo no debo recuperar un corazon que con tanta facilidad supo olvidarme; la sospecha de que esto volviera á suceder produciria en mi un hondo pesar.
- (*Se sienten pasos en el foro y VICTOR se aproxima.*)
- VICTOR. Aquí le tiene V.
- ADOLFO. A quién ?
- VICTOR. A D. Enrique.
- ADOLFO. Déjenos V. solos.
- VICTOR. Serenidad , Sr. D. Adolfo.
- (*VICTOR sale puerta foro y D. ENRIQUE entra.*)

ESCENA III.

(D. ADOLFO y D. ENRIQUE, entrando.)

ADOLFO. (Brava ocasion.)

ENRIQUE. (He aqui un tropiezo desagradable.) (*Saluda.*)
Adios, querido Adolfo; cuando has regresado de tu peregrinacion?ADOLFO. (*Con frialdad.*) Llegué anoche.

ENRIQUE. Cáspita; apenas habrás descansado.

ADOLFO. Tal cual; y tú, cómo sigues?

ENRIQUE. Chico, asi asi; rendido con un maldito negocio de suma importancia.

ADOLFO. (*Con doble intencion.*) Estás sitiando alguna plaza?

ENRIQUE. Libreme Dios, por este cuarto de hora; es un asunto mercantil que me hará marchar probablemente mañana á Toledo.

ADOLFO. ¿A Toledo?

ENRIQUE. (*Distraido.*) Sí.ADOLFO. (*Dando vueltas al lente.*) Y... por mucho tiempo?

ENRIQUE. Dos ó tres dias.

ADOLFO. ¡Demonio! Larga separacion es esa para un enamorado.

ENRIQUE. Sin embargo.

ADOLFO. Mira bien lo que haces al ausentarte de Madrid, porque podrás ser víctima de la veleidat de alguna muger, y ya conoces que el amor se amortigua mas en un dia de ausencia que en un año de disensiones.

ENRIQUE. ¿Qué quieres decir?

ADOLFO. Digo que pudiera suceder que á tu regreso no encontraras...

ENRIQUE. Qué?...

ADOLFO. Lo que te dejas.

ENRIQUE. ¡Cómo!

ADOLFO. Si hemos de dar crédito al adagio vulgar de

»Quien con hierro mata á hierro...

ENRIQUE. Chico, te has vuelto en Paris fatalista?

ADOLFO. No por cierto, pero cuando menos se imagina, aparece algun amigo que toma á su cargo hacernos alguna buena obra.

ENRIQUE. (*Vacilando.*) No sé á quién puedas aludir.

ADOLFO. Siéntate un momento y te referiré una historia por demas curiosa.

ENRIQUE. (*Si yo pudiera evadirme.*) Permíteme, Adolfo que vaya á despedir á un amigo que marcha dentro de un cuarto de hora y despues tendré el gusto de escucharte.

ADOLFO. Te suplico que esperes cinco minutos.

ENRIQUE. Pero hombre, si... si...

ADOLFO. Te queda tiempo sobrado.

ENRIQUE. Vamos, despacha que tengo mucha prisa.

ADOLFO. Seré breve. (*Se sientan.*) Yo he conocido en Paris dos jóvenes de la buena sociedad, que no se habian separado un solo dia desde su infancia y se profesaban un cariño entrañable. No recuerdo sus nombres, pero es indiferente que le llamemos al uno Juan y al otro Pedro.

ENRIQUE. Pero, chico, vas á entretenerme con algun diablo de cuento?

ADOLFO. No tal; es una historia que debe agradarte mucho. Amaba el D. Pedro á una joven bastante bella y con quien pensaba enlazarse.

Su buen amigo (*Con sarcasmo.*) le rogó cierto dia que lo presentára al objeto de su amor, antes que pusiera en egecucion un viaje que tenia proyectado. D. Pedro, no vaciló un momento en satisfacer los deseos de su mejor amigo, y confiado en su lealtad le presentó en la casa de su amada sin ningun recelo, pues ademas del afecto que les unia, (*Con doble intencion.*) concurría tambien una circunstancia en el D. Juan que le ponía al abrigo de toda sospecha, porque á veces, hay inconvenientes...

ENRIQUE. Silencio Adolfo, silencio.

ADOLFO. Un instante de paciencia, Enrique. Partió el D. Pedro, y su amigo prevaleciéndose de la candidez de la amada de aquel, lo ridiculizó vilmente á sus ojos; mas tarde fingió un amor puro que nunca podía sentir y últimamente se hizo dueño del corazón de la muger, en quien su amigo pensaba hallar la felicidad.

ENRIQUE. (*Con sobresalto.*) ¡Adolfo!

ADOLFO. (*Con aparente serenidad.*) Mas calma, Enrique y dame tu parecer. ¿No es verdad que la acción de D. Juan fué tan infame como villana é indigna de un amigo que se tiene por caballero?

ENRIQUE. Basta, Adolfo... mi sangre hierve y esa historia...

ADOLFO. ¿La comprendes?...

ENRIQUE. La comprendo y veo que tus vanas presunciones te han ilusionado. Elisa quiso olvidarte por razones que yo ignoro; despues quizá ella misma me ofreció su amor, y una casual declaracion que la hice por pasar el tiempo, me puso en el compromiso de serte infiel en la apariencia.

ADOLFO. (¡Cobarde!) Yo desprecio tus excusas, pero te repito que «el que con hierro mata, á hierro muere. (*Se levanta.*) Adios, conquistador universal...

ENRIQUE. Te retiras?

ADOLFO. Elisa tarda. Voy á confeccionar el epilogo del drama.

ENRIQUE. Olvida tus resentimientos; ya ves que no soy tan culpable como me creias.

ADOLFO. (*Con sarcasmo.*) Si, si, mi bueno y consecuente amigo. (*Dándole la mano.*) Estoy satisfecho.

ENRIQUE. Suelta, demonio; y que musculatura.

ADOLFO. (*Soltándole la mano.*) Adios.
(*Sale puerta foro.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE solo.

Pues señor, el diablo del hombre tiene mas fuerzas que un ganapan. Cuanto me ha dado que reir con su historia. ¡ Pobre Adolfo ! no sabe que vivimos en Madrid y en el siglo diez y nueve. Aquí donde no se conoce aun la verdad ; en donde las artes compiten con la naturaleza , en donde una aparente serenidad es un tupido velo que encubre los tormentos de nuestra alma. Afortunadamente soy práctico en la diplomacia, y nada me importan sus resentimientos cuando estoy hecho á prueba de ellos. Elisa es muy bella y me brinda un amor capaz de enloquecer al mas áustero cenovita. Si Adolfo está herido, que busque en otras mugeres el bálsamo que aminore sus penas; yo soy dueño de Elisa y juro por todos los patriarcas , no abandonar el campo hasta que haya coronado el número de mis conquistas.

ESCENA V.

ENRIQUE y ELISA, entrando.

ELISA. Adios, Enrique...

ENRIQUE. Adios, mi encantadora Elisa ; no sabes dueño mio, cuanto placer experimenta mi alma cuando te veo, cuando contemplo tu celestial hermosura.

ELISA. ¡ Cuántas lisonjas ! ¿ Hace mucho tiempo que viniste ? Sentiria...

ENRIQUE. Nada sientas , adorable Elisa ; tu fiel amante sabe esperar siempre aunque con ansia estre-

ma, los felices momentos en que tus ojos llenan de fuego su corazón.

ELISA. ¡Qué de galanterias! ¿Y has estado solo?

ENRIQUE. Solo, ya ves.

ELISA. Pues y Adolfo? me ha dicho Victor que ha estado aqui hace un momento.

ENRIQUE. Es verdad, no recordaba; lo encontré en este gabinete cuando vine y acaba de marcharse, por cierto que no puedo menos de reirme cuando estoy á su lado.

ELISA. Pues que dice nuestro buen amigo?

ENRIQUE. Vulgaridades que me divierten. Hechándolo de filósofo, de hombre de esperiencia... El pobre diablo ha vuelto de Paris desconocido, aun cuando él nunca fué muy agudo, pero degémosle en sus rancias preocupaciones. — Supongo que esta noche asistiremos al Teatro real.

ELISA. Has olvidado que mañana se egecuta mi beneficio?

ENRIQUE. Eso no importa; una actriz como tu no necesita estudiar demasiado para salir airosa.

ELISA. Has invitado á Adolfo?

ENRIQUE. *(Con marcado disgusto.)* Señora...

ELISA. Que importa, no es tu mejor, tu único amigo?

ENRIQUE. No necesito cirineos.

ELISA. Canta Ronconi?

ENRIQUE. Sí.

ELISA. Por complacerte dejaré el estudio para despues.

ENRIQUE. *(Toma la mano de ELISA con intencion de besarla.)* Gracias, mi...

ELISA. *(Apartando la mano.)* Enrique, aun no es V. mi marido.

ENRIQUE. Perdona Elisa, no puedo contenerme. Voy á mandar por los billetes: hasta despues.

ELISA. Adios Enrique.

(Sale puerta foro.)

ESCENA VI.

ELISA.

¡ Cuán feliz soy con mi Enrique; tan fino, tan amante, tan respetuoso; siempre leyendo en mis ojos mis emociones; siempre escuchando en su lenguaje palabras de amor y de ternura. ¡ Oh! con su inmenso cariño me conceptuo la mas dichosa de las mugeres.

ESCENA VII.

ELISA y VICTOR entrando puerta foro.

VICTOR. Señorita.

ELISA. Qué quieres Victor?

VICTOR. El Señorito Adolfo, espera el permiso de V.

ELISA. ¡ El Señorito!... trastas con demasiada confianza á ese caballero.

VICTOR. Dispense V., pero no puedo acostumbrarme á mirarle de otro modo.

ELISA. Ve y dile que pase.

(VICTOR desde la puerta foro, indica la entrada á ADOLFO; este entra y VICTOR sale.)

ESCENA VIII.

ELISA y ADOLFO.

ADOLFO. A los pies de V. Elisa.

ELISA. Pase y tome asiento el Sr. parisien.

ADOLFO. (Sentándose.) Perdone V. señora, si me he tomado la libertad de pasar á verla por segunda vez en tan corto tiempo.

ELISA. V. es muy dueño de venir á su casa siempre

- que quiera: yo agradezco en el alma las visitas de mis amigos y siento la infructuosa molestia que V. se ha tomado: ella me prueba el afecto que me profesa: el teatro, amigo, me ocupa todo el tiempo.
- ADOLFO. En efecto, me han dicho que mañana piensa V. hacer su beneficio.
- ELISA. Es verdad.
- ADOLFO. ¿Y qué funcion? sin duda será algun drama de grandes proporciones, en el que pueda V. lucir sus dotes como acostumbra.
- ELISA. Es favor inmerecido.
- ADOLFO. Es justicia, Elisa; (*Con doble intencion.*) sobre todo si por casualidad hubiera V. elegido »La escuela de las coquetas.»
- ELISA. ¿Por qué?
- ADOLFO. Porque son admirables las facultades de V. en este género, y no tendría que esforzarse mucho para caracterizar con esactitud el papel de...
- ELISA. Está V. en un error, Adolfo; en esos papeles tengo que violentar mi carácter y mis inclinaciones. (*Con doble sentido.*) La conducta de la muger, suele ser á veces hija de las acciones de los hombres.
- ADOLFO. (Me ha comprendido.) El resultado es que en ellos la encuentro á V. inimitable.
- ELISA. Gracias, Adolfo; veremos que tal sale la funcion.
- ADOLFO. Quien lo duda; por mi parte espero admirar á V. y aplaudirla como siempre.
- ELISA. Repito á V. las gracias por su bondad.
- ADOLFO. Ademas tendré sumo placer en visitar á V. en algun entreacto, suponiendo que no haya quien pueda... (Quiero ser su pesadilla.)
- ELISA. No comprendo.
- ADOLFO. Tal vez: con que no comprende V.?
- ELISA. No...
- ADOLFO. Hablo, Elisa, por Enrique, el mejor amigo de V.

ELISA. Y anda V. con tantos rodeos para hablarme de mi prometido. (Quiero así vengarme de sus pullas.)

ADOLFO. ¡ Su prometido !

ELISA. Se admira V.?

ADOLFO. (Con sarcasmo.) No... al contrario; me alegro mucho, muchísimo.

ELISA. ¡ Oh ! si viera V. que bueno es.

ADOLFO. Quien lo duda: Enrique será para V. el mejor de los maridos. ¡ Es tan bueno !...

ELISA. Ciertamente.

ADOLFO. (¡ Perillan ! y habrá tenido valor...) Y se casa V. muy pronto ?

ELISA. Aun no se ha fijado el día, pero será muy en breve.

ADOLFO. ¡ Oh ! si se realiza...

ELISA. ¡ Cómo si se realiza ! Acaso cree V. capaz á Enrique de engañarme, de faltar á su palabra y olvidar su amor ?

ADOLFO. No, pero pudiera V. variar de opinion y dejarlo de amar, lo que, no seria muy estraño si algun amigo suyo viniera mañana á desacreditarlo vilmente á los ojos de V.

ELISA. (Se levanta.) ¡ Adolfo !

ADOLFO. (Idem.) Pero no llegará ese día, porque aprecio á V. demasiado para consentir esas relaciones.

ELISA. ¡ Caballero ! tenga V. la bondad de esplicarse.

ADOLFO. Lo haré si V. lo desea; mas tenga V. presente, señora, que mis labios jamás profirieron una mentira indigna de mi carácter y de mi nacimiento.

ESCENA IX.

ELISA, ADOLFO y VICTOR.

VICTOR. Señorita : un carruaje acaba de parar á la

- puerta y el lacayo me ha entregado esta carta para V.
- ELISA. Un carriage?
- VICTOR. Y si no me engaño, viene dentro una señorita bastante joven.
- ELISA. (*Tomando la carta*). Dame. (*A ADOLFO*.) Con su permiso. (*Lee para sí*.)
- ADOLFO. (*Si tendré en mi ayuda la providencia*.)
- ELISA. (*A VICTOR*.) Avisas que puede pasar cuando guste.

ESCENA X.

ELISA y ADOLFO.

- ELISA. (*¿Quién podrá ser?*) Pero me olvidaba de lo mas interesante: V. comenzaba á esplicarse y nos interrumpieron.
- ADOLFO. Despues... creo que esa carta ha producido en V. alguna alteracion...
- ELISA. No, se pretende de mí una conferencia y espero que sea corta la visita.
- ADOLFO. Si mi presencia está demás, me retiraré.
- ELISA. Al contrario; mas si V. gusta pasar á la sala.
- ADOLFO. Como V. quiera, Elisa.
- ELISA. Si, si; por el balcon que dá á la calle de Alcalá podrá V. distraerse mientras...
- ADOLFO. Comprendo, allí me tiene V. á sus órdenes.
(*Entra, puerta lateral izquierda*.)

ESCENA XI.

ELISA *dirigiéndose al espejo y arreglándose los adornos de la cabeza.*

¿Quién podrá ser?... no recuerdo haber oido ese nombre: una entrevista con tanto misterio: las palabras de Adolfo... ¿por qué mi cora-

zon me anuncia un presentimiento funesto?
Serenidad, Elisa.

ESCENA XII.

ELISA y MARIA, en el dintel de la puerta.

- ELISA. (¡ Ah ! que bella és.) Tenga V. la bondad de pasar adelante.
- MARIA. (*Entrando.*) Señora , mi visita tal vez parecerá á V. inoportuna.
- ELISA. V. es muy dueña de disponer de esta casa.
- MARIA. Gracias.
- ELISA. Hágame V. el gusto de sentarse. (*Se sientan.*)
- MARIA. Sin duda habrá V. conocido la firma del billete que me he tomado la libertad de remitirla.
- ELISA. No, aunque el apellido es igual al de un amigo mio.
- MARIA. Enrique de Guzman.
- ELISA. (*Con sorpresa.*) ¡ Le conoce á V. !
- MARIA. (*Con tristeza.*) Demasiado.
- ELISA. Es V. acaso de su familia ?
- MARIA. Si.
- ELISA. Cuanto me alegro : seremos tambien muy buenas amigas.
- MARIA. Gracias ; asi lo espero.
- ELISA. Y sabe V. acaso ?...
- MARIA. Todo lo sé.
- ELISA. Enrique es un jóven muy apreciable y mi dicha será completa el dia de nuestra union.
- MARIA. (¡ Infeliz !) Con que la ama á V. tanto.
- ELISA. ¡ Oh ! ¡ me adora !
- MARIA. Y V. le corresponderá sin duda con la misma vehemencia ?
- ELISA. Con todo mi corazon.
- MARIA. ¡ Cuánto cariño !... (Valor , María , valor.) Y si fuese necesario extinguir ese amor lentamente ?

ELISA. *(Sorprendida.)* ¡ Dios mio ! ¡ me hiela esa pregunta !

MARIA. Pudiera ser que otros amores mas arraigados...

ELISA. ¡ Qué quiere V. decir , Señora !

MARIA. Es... que... Enrique...

ELISA. Qué , diga V. , diga V.

MARIA. Es...

ELISA. Por Dios acabe V.

MARIA. Es... mi marido.

ELISA. ¡ Su marido ! su marido !... Qué vengüenza !

MARIA. No amiga mia : yo sé que es V. inocente y que ese hombre se propuso engañarla , causando al mismo tiempo mi desventura ; pero mas que por mí he venido á salvar el honor de V.

ELISA. ¡ Qué desengaño , Dios mio !

MARIA. *(Con marcada expresion.)* No se si habré llegado á tiempo.

ELISA. Gracias , señora , gracias : ha llegado V. muy oportunamente , pero... será posible que Enrique abrigue en su corazon tanta perfidia ?

MARIA. Poco le conoce V. y por eso duda ann de sus acciones. Yo me uní á Enrique porque sus palabras embriagaron mis sentidos , y auguraba dias de gloria y de ventura ; parecia que mi porvenir estaba sembrado de flores , y he hallado tan solo muchas espinas ! El me juraba un amor puro , santo , eterno !...

ELISA. Como á mí.

MARIA. Por él abandoné otros amores que habian nacido en mi alma y que hubieran labrado mi dicha ; por él hubiera dado mi existencia.

ELISA. Ah !

MARIA. Mas apenas se hubo hecho dueño de mi mano , abandonó su casa y los deberes mas sagrados trasladando su residencia á Madrid , en donde lejos el uno del otro ha dado rienda suelta á locos devaneos.

ELISA. Señora !...

MARIA. Perdóneme esta ligera expansion hija de un justo resentimiento: le escribí repetidas veces, pero ¡ay! tal es mi desdicha que ya no se acuerda de su esposa

ELISA. ¿Y le ama V. todavía?

MARIA. Es tal mi condicion, que sin embargo de haber sufrido tantos infortnrios por su causa, le amo, si, le amo cada vez mas. (*Llora.*)

ELISA. Calma, señora, calma. Tambien se ha producido en mi corazon una honda herida que procuraré curar lo mas pronto posible.

MARIA. Sí, mi buena amiga; Enrique no es digno de poseer un corazon tan noble y generoso como el que V. me está descubriendo.

ELISA. Gracias señora: yo fui villanamente engañada, y V. acaba de librarme de un lazo que hubiera labrado mi desgracia y tal vez mi deshonra: estoy, pues, en el deber de pagarle procurando la reconciliacion del matrimonio.

MARIA. ¡Oh! imposible.

ELISA. Cómo imposible.

MARIA. Sí, querida amiga; yo he muerto en el corazon de Enrique.

ELISA. Valor, y reunamos nuestras fuerzas para atacar al enemigo: tengamos precaucion y serenidad y es probable que toquemos un éxito feliz para entrambas.

MARIA. Ojalá encuentre V. algun remedio.

ELISA. Espere V... (*Refleciona.*) Feliz idea; nos valdremos de un amigo para llevar á cabo mi proyecto, pero ¿tendrá V. valor para fingir por un cuarto de hora?

MARIA. Qué no haré yo por recuperar el amor de Enrique.

ELISA. Llamemos al amigo.

MARIA. Está en casa?

ELISA. Al entrar V. se retiró á esa pieza inmediata para dejarnos conferenciar libremente. (*Se acerca á la puerta lateral izquierda y llama.*)

Adolfo.

ADOLFO. (*Dentro.*) Magnífico punto de vista...

ESCENA XIII.

ELISA, MARIA y ADOLFO.

ADOLFO. (*Con sorpresa.*) (¡Cielos! su muger!)

MARIA. Calle!... yo creo conocer á este caballero.

¿No es V.?

ADOLFO. Adolfo de...

ELISA. Rivera.

ADOLFO. (*A MARIA.*) Su antiguo amigo.MARIA. (*A ELISA.*) En efecto, este caballero ha sido mi mejor amigo.ADOLFO. (*A ELISA con doble intencion.*) Señora, tengo el honor de presentar á V. la esposa de nuestro querido Enrique...ELISA. (*Con tristeza.*) Basta, Adolfo, basta: no me martirice V. mas; todo lo sé. Ahora se trata de dar una leccion á un marido infiel y para conseguirlo necesitamos su apoyo.

ADOLFO. Estoy siempre á las órdenes de V.

ELISA. Pues bien, pasemos á mi cuarto de estudio, que es reservado para todos, y allí trataremos de mi proyecto. (*Se acerca á la puerta foro.*)
Victor.

ESCENA XIV.

Dichos y VICTOR.

VICTOR. Señorita.

ELISA. Apenas llegue D. Enrique, me avisas, y si te pregunta... silencio.

VICTOR. Descuide V.

ELISA. Entremos.

MARIA, ELISA y ADOLFO entran, puerta lateral derecha.

ESCENA XV.

VICTOR.

¿Qué misterio será este? por la órden que acaba de darme mi señorita, presumo que se prepara alguna emboscada contra Don Enrique. ¡Oh! si fuera cierto, bien empleado le estaria á ese calavera. La desconocida del carruage será tal vez alguna otra... no seria estraño porque estos jóvenes del dia son la semilla venenosa de la sociedad y no les basta una, ni dos, ni ciento: fundan toda su gloria en el mayor número de sus conquistas y de sus triunfos amorosos. Para ellos no hay virtud ni en casadas: hablan y piensan mal de las que conocen y muchas veces de las que no han visto jamás: su lengua es la de una vívora, que donde quiera que clava su aguijon levanta la ponzoña; y á estas aventuras llaman chistes en la alta sociedad! ¡Bueno está el mundo.!

ESCENA XVI.

VICTOR y ENRIQUE, entrando puerta foro.

ENRIQUE. Ola Sr. Victor.

VICTOR. (*Con seriedad.*) Servidor de V.

ENRIQUE. Y Elisa?

VICTOR. No debe tardar en salir; está en su gabinete de estudio; si V. manda que se le pasé recado...

ENRIQUE. Aguardaré. (*Se sienta.*) Esta noche la acompañará V. al teatro real.VICTOR. (*La acompañará V.!..*) Haré señor Don Enrique, lo que mi señorita me mande. Supongo que asistirá V. tambien.

- ENRIQUE. (*Con vaguedad.*) Si, qué he de hacer? las noches son tan largas...
- VICTOR. En efecto... son muy largas... y V. busca el modo de acortarlas...
- ENRIQUE. ¿Y D. Adolfo ha vuelto por aquí?
- VICTOR. No puedo decir á V.; vengo ahora de la calle.
- ENRIQUE. Pobre diablo. Le habrá traído á V. algun regalillo de Paris.
- VICTOR. El señorito Adolfo no me ha regalado nunca mas que su afecto, y lo considero mucho mejor que cualquiera otro obsequio, que nunca hubiera aceptado.
- ENRIQUE. ¡Bravo! orgulloso como un señor feudal.
- VICTOR. Sr. D. Enrique; aun cuando me ha conocido V. en la humilde condicion de sirviente, no cedo á nadie en pureza de linage: yo cumplo con un deber sagrado que me impuse y me creo mas en mi pobreza y honradez, que un elevado personage en su opulencia, manchado quizá con indignas acciones.
- ENRIQUE. (*En tono de mofa.*) Habla V. hoy como un filósofo consumado.
- VICTOR. Me espreso, señor mio, como no se acostumbra en los tiempos presentes.
- ENRIQUE. Ola! es V. partidario del antiguo régimen; admirador de los tiempos pasados.
- VICTOR. Yo no entiendo esa faramalla que está V. diciendo: quiero decir que soy uno de los pocos que dicen la verdad.
- ENRIQUE. Y es V. remunerado por obrar de esa manera?
- VICTOR. Sobradamente, porque nunca me he visto sonrojado por el deshonrable fruto de malas acciones.
- ENRIQUE. Ya se que es V. una persona de buenas costumbres. Mas, diga V. ¿qué efecto le hacen á Elisa las visitas de D. Adolfo?
- VICTOR. A mi parecer las recibe con agradecimiento; le tiene por su mejor amigo y creo que...
- ENRIQUE. ¡Diablo! pues á mí me encocora tanto afecto,

que es necesario se vuelva enojo de hoy en adelante. Pase V. recado.

VICTOR. (¡ Mentecato !)
Sale **VICTOR**, puerta lateral derecha.

ESCENA XVII.

ENRIQUE.

Como soy que me va incomodando la presencia de Adolfo en esta casa. Me coronaba, por cierto, dejándome desbancar por mi desbancado; sería divertido el lance, pero no puede suceder; era necesario que sobreviniere una de esas inmensas catástrofes para que Enrique de Guzman dejara atropellar sus derechos. En mi cartera hay una página en blanco y es preciso llenarla con el nombre de Elisa, y vive Dios que tendré teson bastante para no abandonar el puesto hasta tanto que haya conseguido...

ESCENA XVIII.

ENRIQUE y ELISA.

ELISA. Pronto ha sido la vuelta.

ENRIQUE. El deseo de volverte á ver, agitaba mis pasos como siempre.

ELISA. (¡ Malvado !)

ENRIQUE. He tomado butacas de fila sesta.

ELISA. Bien. Sabes, Enrique, que ha estado aquí Adolfo y me ha dicho que está locamente enamorado?

ENRIQUE. Enamorado, ¿ y de quién ?

ELISA. De una jóven muy linda que ha conocido en casa de la marquesa del Lirio y ha conseguido conquistarla.

ENRIQUE. Con que una conquista y apenas ha llegado

- de Paris; en fin el tal Adolfo es un Tenorio completo, como te he dicho varias veces, y nada tiene de particular.
- ELISA. Ya lo creo, pero es rara la coincidencia, pues su amada lleva tu apellido.
- ENRIQUE. ¿Mi apellido?
- ELISA. Sí tal, y creo que la jóven hace pocos dias que ha llegado de Cuenca.
- ENRIQUE. (¡De Cuenca y mi apellido! ¿Si será mi muger?)
- ELISA. Me ha dicho que esa señora trae una visita para mí, y que dentro de media hora se presentará en casa, á donde piensa verla con objeto de hablarla, pues vive con ella una tia sumamente rígida.
- ENRIQUE. (Una tia; entonces no es mi muger, porque ella no tiene tias.)
- ELISA. Intriguillas de amor que debemos ser los primeros en proteger cuando son puros.
- ENRIQUE. (*Con esaltacion disimulada.*) ¿Pero chica, estás segura que te ha dicho que esa jóven es de Cuenca, y que su apellido es igual al mio?
- ELISA. Cabalmente.
- ENRIQUE. Y cual es el nombre de esa señora?
- ELISA. Me parece que se llama... María.
- ENRIQUE. (¡Demonio! ¡No hay duda, es mi muger!)
- ELISA. Será alguna parienta tuya?
- ENRIQUE. No, no, yo no tengo mas parienta que una prima muy lejana, en el trigésimo grado, á la cual no he visto en mi vida. (Pero como puede haber venido á Madrid.) Ya se ve, puede ser, porque...
- ELISA. (¡Pérfido!) ¿Qué dices, Enrique?
- ENRIQUE. Nada... digo... que (¡Y dentro de media hora.) que ella y que tu y que yo... y que... pues... estás enterada?
- ELISA. Señor primo, V. desvaria.
- ENRIQUE. Tú nunca debiste consentir esa entrevista, por que tu edad, tu sexo, tus... tus... yo me retiro á impedirla.

ELISA. (*Con sarcasmo.*) Ja , ja , ja , ¿ A que tanto interés por una prima en vigésimo ó trigésimo y á quien en tu vida has visto ? Además , en mi casa no creo pase Adolfo de los límites... Yo he accedido á su pretension porque conozco su caracter.

ENRIQUE. Si , pero las gentes...

ELISA. Creo que vendrán en carruage.

ENRIQUE. ¡ En carruage ! (*Ademan de marcharse.*)

ELISA. Cálmate, Enrique ¿ á qué esa inquietud ?

ENRIQUE. Yo debo evitar... ¡ Una prima á quien tanto quiero !

ELISA. ¡ Tanto cariño á una prima que no has visto en tu vida !

ENRIQUE. Si , es verdad , pero nos escribíamos todos los correos dos cartas.

ELISA. Y no sabias que llegaba á Madrid á pesar de tan seguida correspondencia ?

ENRIQUE. Si ; pero... nada , nada ; voy á evitar...

ELISA. ¿ Pero á dónde ?

ENRIQUE. No sé , á la calle , á las peninsulares , á todo Madrid.

ELISA. Tú aguardarás aquí.

ENRIQUE. Imposible.

ELISA. Te lo suplico.

ENRIQUE. No puede ser.

ELISA. Yo te lo mando.

ENRIQUE. Pero chica , si además tengo un asunto precisamente á esta hora. (*Mira el reloj.*) ¡ Dios mio , que tarde ! (*Va á tomar el sombrero.*)

ELISA. Enrique , si no satisfaces mi primer deseo , considera rotas nuestras relaciones.

ENRIQUE. Pero , Elisa.

ELISA. Pero , Enrique.

ENRIQUE. Y el asunto.

ELISA. Cuando se ama no háy asuntos.

ENRIQUE. Elisa , por favor.

ELISA. Enrique , no concedo.

ENRIQUE. Cinco minutos.

ESCENA XIX.

Dichos y VICTOR, puerta foro.

VICTOR. Señorita.

ELISA. Qué quieres?

VICTOR. Una señora acaba de llegar y al mismo tiempo el señorito Adolfo.

ENRIQUE. (*Con interés.*) A pié ó en carruaje?

VICTOR. (*Con frialdad.*) No he reparado.

ELISA. Que pasen y tengan la bondad de esperar un momento.

ENRIQUE. (*Con las manos en la frente.*) (¡ Dios mio!... para que estaré yo destinado!)

VICTOR sale, puerta foro.

ESCENA XX.

ELISA y ENRIQUE, rápidos en el diálogo.

ELISA. Ven conmigo.

ENRIQUE. ¿ A dónde?

ELISA. A mi cuarto de estudio; quiero dejarlos solos un momento y despues saldre yo sola si te parece bien.

ENRIQUE. Tan distante no; es peligroso.

ELISA. Pues á dónde?

ENRIQUE. Aquí; desde esta puerta, todo sin ser vistos.

ELISA. Como quieras. (Pasarás al menos un mal rato.)

ENRIQUE. (¡ Oh, si es Maria, como presenciare esta maldita escena.)
(*Se colocan donde marca la siguiente.*)

ESCENA XXI.

En toda esta escena se hallarán ELISA y ENRIQUE en el dintel de la puerta lateral izquierda, de manera que el público pueda observar-

los. — *MARIA sentada dundo la espalda á los antedichos.* — *ADOLFO á la izquierda de MARIA.* *Estos entrarán en la escena un momento despues que aquellos se hallen ocupando su lugar. Al diálogo se le dará la mayor espresion.*

ADOLFO. Gracias á Dios, cielo mio, que tengo la dicha de poderte hablar sin testigos.

MARIA. (*Con fingida timidez.*) Es verdad, Adolfo, mas temo que la señora de la casa...

ENRIQUE. ¡Cielos!... ella es... la misma!

ELISA. ¿Quién?

ADOLFO. (*Mirándola estasiado.*) Nada temas, bien mio. ¡Oh! cada vez que te contemplo, me pareces mas bella, mas encantadora.

ELISA. Yo tambien me encuentro dichosa á tu lado.

ENRIQUE. ¡Y se tutean!

ELISA. Estás delirando, ¿qué te importa?

ADOLFO. Me parece imposible, hermosa María, que han de realizarse nuestros sueños; este dia ha sido para mí el mas feliz de mi vida. Mas... ¿qué tienes? te veo taciturna. ¿Estás por ventura arrepentida? Ya es tiempo, ángel mio, que olvides á ese marido importuno y desleal; él te abandona y te desprecia; yo te ofrezco un mundo lleno de encantos, de ilusiones y nuestras almas embriagadas... sí, sí, bellísima María, nuestro porvenir nos brinda un paraíso de dicha y de placeres. (*Aparte á MARIA.*) (*Creo que va bien.*)

MARIA. (*Idem.*) (*No tan fuerte.*)

ENRIQUE. Esto es irresistible!

ELISA. Pero... que tienes? Estás agitado y tembloroso.

ENRIQUE. No ves, Elisa, que esa señora es mi prima!

MARIA. Adolfo, es necesario que pongamos todos los medios para que haga el cielo que tenga efecto tanto bien como quieres procurarme: de esto y mucho mas se hace acreedor ese perjurio que tantas inocentes lágrimas me ha hecho derramar.

ADOLFO. (*Contemplándola.*) Gracias , dueño mio , gracias. Yo ansio lo que tú hermosa María , y te juro que han de realizarse nuestros pensamientos.

ENRIQUE. ¡ Elisa , yo no puedo permitir que ese miserable!...

ELISA. Pues no afirmabas que no la conocias ?

ENRIQUE. Sí la conozco..... la he escrito mucho..... Mi honor está padeciendo.

ADOLFO. (*Vamos , animese V. y recupere su perdido amor.*) No es verdad, adorable María, que son indignas de tí las acciones de tu marido?

MARIA. Si , Adolfo , solo en tí encuentro un corazon noble y generoso.

ADOLFO. (*Arrodillándose.*) ¡ Oh ! júrame tu amor una vez, cien veces y mil.

ENRIQUE. Elisa ! es necesario que salgas ; ese libertino va á cometer un disparate !

ELISA. El es un caballero.

ADOLFO. Júrame tu amor , sí , no temas , vida mia, júramelo para siempre.

MARIA. Yo te...

ADOLFO. Bendita seas muger , bendita seas. Déjame estampar un ósculo... (*Al tomar la mano de MARIA para besarla sale precipitadamente ENRIQUE, tras él ELISA.*)

ESCENA ULTIMA.

Dichos ENRIQUE y ELISA.

ENRIQUE. ¡ Adolfo , eres un infame !

ELISA. (*Con dignidad.*) El infame es V., que vendiéndose por libre , ha penetrado en esta casa para lastimar mi honor , en tanto que su fiel esposa lloraba en silencio la conducta de un marido indigno de ella. Basta de farsa ; cuanto acaba V. de presenciar, ha sido una escena inventada por mí, y á la cual nuestro buen

amigo, Adolfo se ha prestado generosamente. Ahí tiene V. á su esposa; corra V. á sus brazos y yo le perdono.

ENRIQUE. (A MARIA.) Con que no es verdad lo que he visto?

MARIA. Y pudieras creerlo en el carácter y fidelidad de tu esposa?

ENRIQUE. ¡ María!

MARIA. ¡ Enrique!

ENRIQUE. (A ADOLFO.) Perdóname querido Adolfo: te he sido infiel y además ahora dudaba de tu amistad.

ADOLFO. Basta, Enrique.

MARIA. (A ELISA.) No sé querida Elisa con que pagar á V. la felicidad que acaba de devolverme.

ELISA. He cumplido, amiga, con mi deber.

ADOLFO. (A ENRIQUE.) De esta has salido bien; todo lo debes á la virtud y al talento de Elisa: sírvate de escarmiento esta lección y procura guardar en adelante mas fidelidad á tu esposa y mas lealtad á tus amigos, como cumple á todo hombre honrado.

ENRIQUE. Te lo juro. (A ELISA.) Y V., Elisa me dá su perdón?

ELISA. Ya lo concedi.

ADOLFO. (Mirando á ELISA con ternura.) Y á mí... que me concede V.?

ELISA. Mi corazón y mi mano.

ADOLFO. Gracias, Elisa.

ELISA. Ahora bien, ya todos están contentos, justo es que á mí también se me conceda algo.

(Al público.)

Señores, mi petición

á ustedes va encaminada.

Solo quiero una palmada

en señal de aprobacion.

FIN.

Este ensayo dramático es propiedad de su editor, quien perseguirá ante la ley á quien le reimprima ó represente, sin su espreso consentimiento.

Todos los egemplares llevan cierta contraseña.

Se halla de venta en su imprenta, al precio de 4 reales.